

Cuando tres cuartos de hora más tarde, y después de haber acompañado á Montfanón, fué el escritor á la casa de la calle Leopardi, se sentía sostenido por un apoyo moral de tal fuerza que estaba casi alegre.

Encontró á Florent en el saloncillo de fumar, en disposición de arreglar algunos papeles, con la calma metódica que anunciaban sus ojos negros, siempre parados.

—¡Acepta!—fué la primera palabra que los jóvenes pronunciaron casi á la vez, y Dorsenne repitió las palabras que había prometido repetir.

—Me entrego á ustedes en absoluto—respondió el otro.—No tengo sed alguna de la sangre del señor Conde de Gorka; pero es preciso que ese señor no acuse de cobardía al nieto del coronel Chaprón. Para esto cuento con el pariente del general Dorsenne y con el antiguo soldado de Charette.

—Eso es claro—dijo Julián, al que Florent tendía una carta.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Esto—respondió Florent—es una carta que le ha escrito á usted sobre esta misma mesa y hace media hora el Barón Hafner. Sepa usted que he recibido los testigos de mi adversario. El Barón es uno de ellos. El otro es Ardea.

—¡El Barón Hafner!—exclamó Dorsenne.—¡Qué elección más extraña!

Florent y él cambiaron una mirada, comprendiéndose sin hablarse.

Boleslas no había encontrado medio más seguro para hacer saber á la señora Steno el procedimiento que pensaba emplear en su venganza ó en sus venganzas.

Por otra parte, la afeción conocida del Barón

por la Condesa daba una probabilidad más para una solución pacífica, al mismo tiempo que el fanatismo de Montfanón daba al caso, frente al padre de Fanny, un carácter cómico en medio del drama violento de los celos de Gorka.

Así es que Julián dijo sonriendo:

—Va usted á ver cómo se pone Montfanón cuando le anunciemos estos dos testigos. Ya sabe usted que es un hombre del siglo XV, un Montluc ó un Duque de Alba, un Felipe II. Yo no sé á quién aborrece más, si á los francmasones, á los libre-pensadores, á los protestantes, á los judíos ó á los alemanes. Y como ese endiablado Hafner tiene un poco de todo esto, le profesa un odio mortal. Sin contar con que tiene la sospecha de que es un agente secreto al servicio de la triple alianza. Pero veamos la carta. La abrió y la recorrió de una ojeada. Después dijo:

—El Barón comprende también que es necesario terminarlo todo lo antes posible, aunque no sea más que para evitar malévolas conversaciones. Nos cita en su casa entre seis y siete á mí y al otro testigo... Vamos... No hay tiempo que perder. Es preciso que venga usted conmigo á casa del Marqués para que haga usted oficialmente su petición. Comience usted por esto. Tenga usted su promesa antes de pronunciar el nombre de Hafner. Le conozco. No volverá sobre su palabra.

Los dos amigos encontraron á Montfanón, que les esperaba en su despacho, vasta pieza llena de libros y desde cuyas ventanas se dominaba el panorama del Foro, más majestuoso aún en aquella hora de la tarde, cuando la sombra de las columnas y de los arcos comenzaba á alargarse sobre el suelo casi blanco.

Como único adorno un tapiz sobre la ancha mesa llena de papeles, sin duda los fragmentos de la famosa obra sobre las relaciones de la nobleza francesa y la Iglesia.

Un crucifijo había también en la mesa.



En las paredes retratos grabados: uno de monseñor Pío, el santo Obispo de Poitiers, y el otro del General Sonis, en pie, con su pierna de palo, haciendo *pendant* á un hermoso cuadro que representaba á San Francisco, el patrón del amo de la casa.

Tal era el decorado artístico de aquella modesta estancia.

El gentil hombre decía á menudo:

—Yo me he librado de la tiranía del objeto... Pero con aquel fondo maravilloso de grandiosas ruinas y aquel pedazo de cielo, el sitio era un incomparable asilo donde acabar, en la meditación y en la renuncia de todo, una vida en otra época agitada por las tempestades de los sentidos y del mundo.

El ermitaño de aquella Tebaida se levantó para saludar á los visitantes, y designando á Chaprón un volumen abierto sobre la mesa, dijo:

—De usted me ocupaba. Este es el libro de Chateauvillars, sobre el duelo. Hay en él un código que no es muy completo. Se lo recomiendo á usted, sin embargo, si hemos de cumplir una misión como la nuestra.

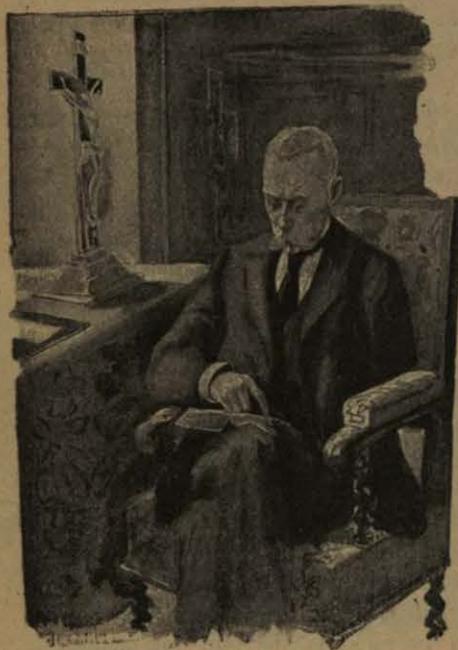
Y mostró á Dorsenne y á sí mismo, con un gesto que indicaba una aceptación amistosa.

—Parece que ha tenido usted la mano un poco viva...—añadió.—¡Eh! No se defienda usted... Tal como usted me vé, hace veintiún años, he arrojado un plato á la cara á un caballero que se burlaba de monseñor el conde de Chambord ante un grupo de jacobinos, en la mesa de una fonda de provincia. Mire usted—continuó levantando su bigote canoso y descubriendo la cicatriz de una cuchillada.—Aquí tiene usted el recuerdo de la aventura. Mi rival era un antiguo oficial de dragones, y propuso el sable. Acepté, y ya vé usted; pero él perdió dos dedos. Esto no llegará para usted, esta vez al menos. ¿Le ha manifestado á usted Dorsenne nuestras condiciones?

—Y le he respondido que estaba seguro de no

poder confiar mi honor á mejores amigos,—respondió Florent.

—Bien—dijo Montfanón con un gesto de satisfacción.—Nada de frases. Le he juzgado á usted desde el primer día en que usted me habló en San Luis.



Usted honra á sus muertos; para mí que creo que el hombre no vale más que por lo pasado, eso es bastante. He aquí por qué me consideraría muy dichoso de serle á usted útil. Ahora repítame usted claramente lo que ha contado á Dorsenne.

Cuando Florent hubo referido

en algunas palabras lo ocurrido entre él y Gorka, es decir, su discusión y su vivacidad, omitiendo cuidadosamente los detalles, á los que se mezclaría el nombre de su cuñado, dijo Montfanón familiarmente:

—¡Diantre! El asunto se presenta mal, muy mal.

Veamos. Un testigo es un confesor. Usted ha tenido una disputa en la calle con el señor Gorka... ¿pero sobre qué?... ¿No puede usted responder? ¿Qué le ha dicho á usted para irritarle hasta el punto de querer pegarle? Este el primer aspecto del caso.

—No puedo responder,—dijo Florent.

—Entonces—añadió el Marqués después de un instante de silencio—no queda más que establecer un ademán de su parte de usted... ¿cómo diré? irreflexivo... y en definitiva inacabado. Este es el segundo aspecto de la cuestión. ¿Usted no tiene ninguna razón particular para no querer bien al señor Gorka?

—Ninguna.

—¿Y él para quererle á usted mal?

—Ninguna.

—El negocio se presenta mejor,—dijo Montfanón, que se calló nuevamente para volver á tomar la palabra como hombre que habla consigo mismo.—El señor Gorka se ha considerado ofendido... Pero, ¿hay tal ofensa? Esto es lo que debemos discutir... La vía de hecho ó la amenaza de vía de hecho no darían lugar á ningún arreglo. Pero un ademán involuntario reprimido en seguida... No me interrumpa usted... Busco el modo de despejar el camino y de ver claro. Debemos llegar á una solución. Será preciso expresar disgusto, dejando el campo abierto á otra reparación si Gorka la exige. No la exigirá. Todo el problema descansa en la busca de esos testigos suyos. ¿A quiénes elegirá?

—He recibido ya su visita—dijo Florent—hace una media hora. Uno de ellos es el Príncipe de Ardea.

—Es un gentil hombre,—respondió Montfanón.—Podremos entendernos. No me disgusta verle para

manifestarle mi sentimiento por esa venta pública de su palacio, á la que nunca debió dejarse llevar. ¿Y... el otro?

—¿El otro?—interrumpió Dorsenne.—Prepárese usted al golpe. Le juro á usted que no sabía su nombre cuando fui á buscarle á usted á las catacumbas... En fin, es... es el Barón Hafner...

—¡El Barón Hafner!—exclamó Montfanón.—¡Boleslas Gorka, el descendiente de los Gorkas, de ese gran Luc Gorka que fué palatino de Posen y Obispo de Cujavie, ha tomado por testigo al señor Justus Hafner, ese bandido, ese ladrón que ha tenido sobre sí el abominable proceso que nadie ignora!... No, Dorsenne, no me diga usted eso; no es posible.

Después, con aire de desafío, añadió:

—Le recusaremos por falta de honradez. Yo me encargo de decírselo á Boleslas...

—Usted no hará eso,—dijo vivamente Dorsenne.—Primeramente, en materia de honradez oficial, no hay más que la ley, y Hafner ha sido absuelto y sus adversarios condenados. Es lo que usted mismo me repitió el otro día. Y después, usted olvida la conversación que acabamos de tener.

—Perdón...—interrumpió á su vez Florent.—El señor Montfanón, al acceder á mi súplica, me ha hecho un gran honor que nunca olvidaré; pero si de esto puede resultarle la menor contrariedad, lo lamentaría mucho, y estoy pronto á devolverle su palabra.

—No,—dijo el Marqués después de un nuevo silencio.—No la recojo.

Era tan generoso cuando no se trataba de sus dos ó tres manías, que la menor delicadeza desperataba un eco en él. Tendió de nuevo la mano á Cha-

prón, y continuó con un acento cuya aspereza revelaba una irritación contenida.

—Después de todo, no nos incumbe el que Gorka haya juzgado conveniente hacerse representar en una cuestión de honor por alguien á quien ni saludar debía. Vaya usted, pues, á dar nuestros nombres á esos dos señores, y Dorsenne y yo les esperraremos, como es de ley. Ellos son los que han de venir, puesto que son los representantes del ofendido.

—Han dispuesto ya una cita para esta tarde—respondió Chaprón.

—¿Cómo dispuesto? ¿Y con quién? ¿Por qué?—exclamó Montfanón, presa de un nuevo acceso de cólera.—¿Con usted? ¿Con nosotros? ¡Ah!... ¡Qué poco me agrada que las cosas graves se traten tan á la ligera! El código está claro en este punto. Una vez cumplida su misión de avisarle á usted, á lo que usted debió responder sí ó no, esos señores debieron retirarse en seguida. No ha sido culpa de usted, sino de Ardea, que ha permitido á ese enredador hacer eso. Pero nosotros lo remediaremos, según el buen orden para estos asuntos, que es el francés. ¿Y cómo es esa cita?

—Voy á leerle á usted la carta que el Barón ha dejado á Florent para que me la entregara,—dijo Dorsenne, que leyó, en efecto, la cortés carta que Hafner le había escrito, excusándose de elegir su propia casa como lugar de la cita para los cuatro testigos.—No se puede, sin embargo, dejar sin respuesta una carta tan política.

—Hay en ella mucho de "querido maestro" y de cumplimientos—dijo bruscamente Montfanón.—Siéntese usted aquí—insistió, cediendo su sillón á Florent—y anuncie nuestros nombres y nuestra

dirección á ambos, añadiendo que estamos á su disposición, sin mencionar esta primera incorrección de su parte. Y usted, Dorsenne, toda vez que teme herir á ese señor, no le impido á usted que vaya personalmente á su casa á prevenirle que el señor Chaprón, aquí presente, ha escogido como testigo á un mal compañero... un antiguo duelista, lo que usted quiera, pero que desea que se guarden las formalidades previas, y como la primera, un paso en regla cerca de nosotros dos, en su nombre, á fin de fijar la cita oficialmente...

—¿Qué le había yo dicho á usted?—dijo Dorsenne cuando bajaba la escalera de casa de Montfanón con Florent;—es otro hombre desde que usted le ha nombrado al Barón. La discusión entre ellos va á ser digna de oírse. ¡Con tal que no embrolle el negocio con su locura! Palabra de honor, que si hubiera podido adivinar que Gorka buscaría tal testigo, no le hubiera á usted indicado al viejo conjurado, como yo le llamo.

—Pues yo, aunque el señor Montfanón me hiciera batirme á cinco pasos, le agradecería á usted mucho haberme puesto en relación con él,—respondió Florent riendo.—Es un hombre entero, como mi padre, como Maitland. Adoro á las personas así.

—¿No hay, pues, medio de tener á la vez corazón y cabeza?—se dijo Julián, yendo hacia el palacio Savorelli, donde vivía Hafner, y pensando en la cólera del Marqués por una parte y por otra en las ilusiones sobre aquel egoísta de Maitland, que acababan de revelarse una vez más en las últimas palabras de Florent.

Los recelos de la tarde habían vuelto á su espíritu con más fuerza, pues sabía lo irritable que era Montfanón tratándose de ciertos puntos, y en uno

de estos había sido herido á causa de las relaciones forzosas que había de tener con los testigos de Gorka.

—Cuento únicamente con Hafner,—se dijo—pues si éste ha aceptado esta misión, contraria completamente á sus gustos, á su posición y á sus costumbres, y casi á su edad misma, debe de estar de acuerdo con su futuro yerno para conciliarlo todo. Sin contar con que el matrimonio tal vez esté concertado en el presente momento. Espero que no. Esto pondría al Marqués furioso, y exigiría un duelo en las peores condiciones.

El joven había dicho verdad. La casualidad, que se complace muchas veces en acumular suceso sobre suceso, quiso que Ardea, en el momento mismo en que deliberaba con Gorka respecto á la elección de un segundo testigo, muy disgustado por el compromiso que había aceptado, recibiese una carta de la señora Steno que contenía estas palabras:

*Su petición está hecha. La respuesta es sí. Que yo sea la primera en abrazarle á usted, Simpaticone.*

Una idea genial brilló en su cerebro: hacer que su futuro suegro arreglase aquel negocio, que juzgaba á la vez inútil, absurdo y peligroso. El apresuramiento con que Gorka había aceptado el nombre de Hafner, provenía, como Dorsenne y Florent sospecharon, del deseo de que su pérfida querida fuese informada de sus hechos. Respecto al Barón, había consentido ¡oh, ironía de las coincidencias! diciendo á Pepino Ardea estas palabras, casi idénticas á las que Montfanón había dicho á Dorsenne:

—Vamos á redactar primero un acta de conciliación, y si el asunto no se arregla, nos retiramos.

En estos términos había concluido aquella memorable conversación, verdaderamente digna de la *combinazione* que presentaba el matrimonio de la pobre Fanny. De este matrimonio se había hablado menos que del servicio que sería preciso prestar á los amores dos veces adúlteros de la gran señora que presidía aquel triste tráfico. ¿Será preciso añadir que ni Ardea ni su futuro suegro habían hecho ni sombra de alusión al verdadero motivo del asunto? Tal vez en otro momento la profunda prudencia innata en el Barón y su especial cuidado de no comprometerse jamás, le hubiesen alejado de las complicaciones que llevaba aquella intrusión en la aventura brutal de un amante exasperado. Pero su alegría ante la idea de que su hija iba á ser Princesa romana, le había, realmente, hecho perder la cabeza. Tuvo, sin embargo, el buen sentido de decir al aturdido Ardea:

—Que la señora Steno no sepa nada, por lo menos hasta nueva orden. Ella advertiría á la señora de Gorka, y ¡sabe Dios de lo que ésta sería capaz!

En realidad, ambos se daban cuenta de que era preciso, directa ó indirectamente, advertir á Maitland. Habían empleado el final de la tarde en hacer su visita á Florent, y después en expedir telegramas sobre telegramas para anunciar la boda de la que la encantadora Fanny parecía tanto más dichosa, cuanto que el Cardenal Guerillot había consentido, á una palabra de ella, en presidir su bautismo. El Barón estaba loco de júbilo. Aquel hombre extraño amaba á su hija, un poco al modo como un domador ama á su caballo favorito que le ha hecho ganar el gran premio. Así es que, cuando llegó Dorsenne llevando la carta de Chaprón y el mensaje de Montfanón, fué acogido con tal cordialidad y

complacencia, que desde luego le hicieron presumir el resultado de la intriga matrimonial, de la que Alba le había hablado.

—Todo lo que su amigo de usted quiera, querido



maestro. ¿No es verdad, Pepino?—dijo el Barón sentándose á la mesa.—¿Quiere usted mismo dictar la carta, Dorsenne? Tome usted. ¿Está bien así? Comprenderá usted con qué sentimiento hemos aceptado esta misión, cuando sepa usted que Fanny es la prometida del Príncipe Ardea, aquí presente.

La nueva data de hace tres horas. Así, usted es el primero en saberla, ¿no es verdad, Pepino? ¡Y no se habrán expedido menos de doscientos telegramas! Vuelva usted cuando quiera con el Marqués. Solamente suplico, en vista de esta circunstancia, que la entrevista se efectúe aquí, y si fuera posible, entre seis y siete ó entre nueve y diez, para no estropear nuestra comida de familia.

—Pongamos á las nueve—dijo Dorsenne.—El señor Montfanón es algo formalista. Querrá responder con una carta.

—¡El Príncipe Ardea esposo de la señorita Hafner!—Este grito, que arrancó á Montfanón la noticia dada por Julián, fué tan doloroso que el joven no pensó en reír. Había creído deber prevenir á su irascible amigo, por miedo de que el Barón hiciese alguna alusión al gran suceso en el curso de la entrevista, y que el otro estallase.—¡Cuando yo le decía á usted que el catolicismo de esa joven no era más que una comedia! ¡Cuando yo se lo decía á Monseñor Guerillot! Vea usted á lo que ella aspiraba desde algunos años, con perfecta hipocresía, ¡al palacio Castagna! ¿Y va á entrar en él como dueña? ¿Va á llevar á él el deshonor de ese oro robado y manchado de sangre? ¡Que no me hablen de ello, prevéngaselo usted, ó no respondo de mí! ¡Testigo de un Gorka, suegro de un Ardea!... El triunfa, ese ladrón, que estaría ocupado en hacer alpargatas de orillo, si hubiera jueces. Pero, veamos. Todos los otros Príncipes de Roma, los Orsini, los Colonna, los Odescalchi, los Borghia, los Rospigliosi, no van á impedir esa monstruosidad! Felizmente, la nobleza es como el amor: los que compran estas cosas sagradas las envilecen pagándolas. ¡Princesa de Ardea! ¡Esa criatura! ¡Ah! ¡Qué vergüenza! En fin...

pensemos en nuestro asunto, en ese bravo Chaprón. Me gusta este mozo, primero, porque probablemente se bate por algún otro, con una abnegación que no comprendo. Y esto es caballeresco. Habrá querido impedir que ese malaventurado Gorka provocase un escándalo que hubiera hecho ver claro á su hermana. Además, como le he dicho, tiene respeto á los muertos. Veamos. Esta noticia me ha hecho tal efecto que he perdido la cabeza. ¡Princesa de Ardea! En fin, escriba usted que iremos á casa de Hafner á las nueve. En mi casa no quiero esa gente. En su casa de usted no sería correcto; es usted demasiado joven. Y prefiero ir á casa del suegro mejor que á casa del yerno. Ese infame ejerce su oficio comprando lo que compra con sus millones robados. Pero, ¿y el otro? Y si su tío hubiera sido Sixto V, Julio VI, Pío V, Hildebrando, lo hubiera vendido lo mismo. Y no puede engañarse. Ha oído hablar del proceso de ese hombre. Sabe el origen de esos millones. Ha oído lo que hablan de su familia, de su vida. ¡Y no le causa un horror profundo aceptar el oro de ese aventurero! ¿No sabe, pues, lo que significa el nombre? ¡Nuestro nombre! ¡Es nuestro honor, nosotros mismos en la boca y en el pensamiento de los demás! ¡Qué dichoso soy, Dorsenne, por haber cumplido el mes pasado cincuenta y dos años! Moriré antes de haber visto lo que usted verá, la agonia de todas las aristocracias y de todos los reinos. ¡Y si cayeran en sangre! Pero no caen. Se arrastran por tierra, y esto es la tristeza de las tristezas. Pero, por otra parte, ¿qué importa? La monarquía, la nobleza y la Iglesia son eternas: los pueblos que lo desconozcan, morirán. Vamos, escriba usted la carta, yo la firmaré. Haga usted que la lleven y coma usted conmigo. Es preciso ir bien provistos de

un argumento que impida ese duelo, sin que nuestro apadrinado quede en mal lugar. Es preciso un arreglo, que yo aceptaría para mí mismo. Me agrada mucho ese mozo, lo repito. Me hace olvidar á los otros.

Durante la comida aumentó aquella exaltación, que empezaba á asustar á Dorsenne, y tanto más aumentaba, cuanto que discutiendo las condiciones del arreglo que él contaba conseguir, los recuerdos de su juventud acudían al pensamiento y á las palabras del antiguo duelista. ¿Era la misma persona que recitaba los versos de un himno religioso en las catacumbas algunas horas antes? Había bastado que el señor feudal que se escondía en él apareciera para transformarle. El brillo de sus ojos y el encendido color de su rostro indicaban que tomaba como asunto propio aquel suceso, en el que de buena fe creyó intervenir por caritativo impulso únicamente. El antiguo duelista se agitaba en aquel hombre creyente, cuyas pasiones fueron abrasadoras, y que había amado todas las emociones, incluso la del peligro de las espadas desnudas, como hoy amaba sus ideas, como había amado su bandera, de una manera desenfrenada. No se trataba ya de tres pobres mujeres á quienes evitar tristes sospechas, ni de una buena acción. Veía á sus antiguos camaradas, y su talento de esgrimidor, el modo como aquél tenía de atacar con golpes derechos, la sangre fría del otro, y después esta frase cortaba sin cesar la conversación de estas no muy pacíficas anécdotas. Pero, ¿por qué diablo Gorka ha elegido como testigo á ese Hafner? Es tan degradante como inconcebible. Llegó así el momento en que, subiendo al carruaje que debía conducirles al sitio indicado para la cita, oyó que Dorsenne decía al cochero: Palacio Savorelli.

—Es el último golpe—dijo el Marqués levantando el brazo y apretando el puño.—Ese aventurero habita la casa del Pretendiente, la casa de los Stuardos. ¡La casa de los Stuardos!—repitió—y cayó en un silencio que el escritor comprendió era más tormentoso aún que sus declamaciones de hacía un instante. No salió de él hasta que se les introdujo en el salón del corredor de *bibelots*, convertido en gran señor,—en uno de los salones, mejor dicho, pues la casa tenía cinco.—Allí, Montfanón empezó á dirigir miradas en torno, con rostro tan contrariado y encendido, que, á pesar de sus angustias, á Dorsenne le fué imposible reprimir la risa y molestarle diciendo:

—¡No pretenderá usted que no hay aquí bellos objetos! Esos dos cuadros, por ejemplo.

—No hay nada que esté en su sitio—respondió Montfanón.—Sí, son dos magníficos retratos de antepasados, y ese señor no tiene antepasados. Vea usted esas armas en esa vitrina, y él no ha tocado nunca una espada. Y he aquí un tapiz que representa el milagro de los panes, lo que ya es una audacia. No me creará usted, Dorsenne, pero el estar aquí me pone malo. Pienso en el trabajo humano, en el alma humana que se ha puesto en estos objetos, para que vengan á parar aquí. Para ser poseídos ¿por quién? Cierre usted los ojos y piense en los Schæder y en otros que usted no conoce. Vea usted las buhardillas donde no hay muebles, ni lumbré, ni pan... Y después abra usted los ojos y mire.

—Y usted, amigo mío,—replicó el escritor—piense en nuestra conversación de las catacumbas y en las tres mujeres á nombre de las que le he suplicado á usted que ayudase á Florent.

—Se lo agradezco á usted—dijo Montfanón pa-

sándose la mano por la frente.—Le prometo á usted tener calma.

Apenas había pronunciado estas palabras, abrióse la puerta, dejando ver otra habitación iluminada también, y en la que, á juzgar por el ruido de la conversación, debía haber varias personas.

—Sin duda, la Condesa Steno y Alba—pensó Julián;—y el Barón entró acompañado de Pepino Ardea.

Mientras hacía las presentaciones oficiales, el escritor sintió la fuerza del contraste que ofrecían sus tres compañeros. Hafner y Ardea, vestidos de frac, con una flor en el ojal, tenían la fisonomía abierta y feliz de dos burgueses que nada tienen sobre su conciencia. La tez, de ordinario ajada, del hombre de negocios, estaba animada; su mirada, dura como enternecida. En cuanto al Príncipe, la misma admirable inconsciencia de niño mimado declaraba su semblante jovial, mientras que el héroe de Patay, calzado con gruesas botas, su largo cuerpo encerrado en una levita un poco ajada, mostraba la faz triste del que tiene remordimientos. Un administrador infiel obligado á dar sus cuentas á unos señores generosos y confiados no tiene el rostro más sombrío ni más lleno de cuidado. Había puesto su único brazo á la espalda, con tal tiesura, que ninguno de los que acababan de entrar le tendió la mano. Esta presentación estaba, sin duda, poco en armonía con la que esperaban el padre y el novio de Fanny, pues una vez que los cuatro se sentaron, hubo un momento de silencio, que el Barón rompió el primero; comenzó á hablar con voz mesurada, una voz que mide las palabras, como la balanza del usurero pesa las monedas de oro. Dijo así:

—Señores: creo corresponder á un sentimiento

común, estableciendo antes que nada un punto que debe dominar en nuestra reunión. Estamos aquí para ejecutar una obra de conciliación entre dos hombres, dos *gentlemen*, que conocemos, que estimamos, mejor dijo, que amamos igualmente.

Pronunciando estas palabras se había vuelto sucesivamente á cada uno de sus tres interlocutores, los que, á excepción del Marqués, se inclinaron. Hafner miró entonces al gentil hombre con aquella mirada habituada á leer hasta el fondo de las conciencias, para adivinar lo que pueden costar, pensando que el primer testigo de Chaprón dificultaría el caso. Después continuó:

—Expuesto esto, suplico á ustedes que lean este papel.

Había sacado de su bolsillo una hoja doblada en cuatro partes y asegurado sobre su nariz su famoso lente de oro.—Es poca cosa, añadió—una de esas *directives*, como decía Moltke—que sirven para guiar las operaciones; un proyecto de acta que modificaremos después de la discusión.

—Perdón, caballero,—interrumpió Montfanón, que había fruncido más fuertemente el entrecejo al ver citado por Hafner al célebre feld-mariscal, y detuvo al lector, que, sorprendido, dejó caer su lente sobre la mesa.—Siento mucho verme obligado á manifestar á usted que ni el Sr. Dorsenne ni yo—y se volvió á Dorsenne, que hizo un gesto equívoco de hombre muy contrariado—podemos admitir el punto de vista en que usted se coloca. ¿Usted pretende que estamos aquí para hacer una obra de conciliación? Es posible. Es de desear. Pero nada sé de esto, y permítame que le diga que usted tampoco. Yo estoy aquí... Estamos aquí—y otra vez miró á Julián, que repitió el gesto de antes—para escu-

char los agravios que el señor Conde de Gorka les ha encargado formular á los enviados del señor Chaprón. Formulen ustedes sus agravios y los discutiremos. Formulen ustedes las reparaciones que pretenden en nombre de su representado y las discutiremos también... Los papeles vendrán después, si es que vienen, y ni ustedes ni nosotros sabemos cuál será el resultado de esta conferencia, ni lo debemos saber antes de haber establecido los hechos.

—Hay un error—caballero—dijo Ardea, al que las palabras de Montfanón habían excitado un poco. No podía, como tampoco Hafner, comprender el carácter, muy sencillo, pero muy singular del Marqués, y añadió:—He intervenido en varios casos de esta especie: cuatro veces como testigo y una de otra manera, y he visto emplear sin discusión el procedimiento que el señor Hafner acaba de proponer, y que no es más que un medio expedito tal vez para llegar á lo que usted llama muy correctamente el establecimiento de los hechos.

—Ignoraba el número de los lances de honor en que usted ha intervenido—respondió Montfanón, más nervioso desde que el futuro yerno de Hafner se había mezclado en la discusión;—pero me permitiré decirle á mi vez que me he batido siete veces y que he sido testigo unas catorce. Es verdad que era en la época en que el jefe de su casa de usted era su padre, si no me engaño, el difunto Príncipe Urbano, al que he tenido el honor de conocer cerca de Su Santidad cuando yo servía en los zuavos. Era una hermosa figura de gentil hombre romano, y que llevaba orgulosamente su nombre. Esto lo digo para probarle que también yo tengo alguna competencia en materia de duelos. Pues bien: nosotros hemos considerado siempre que la misión de los testi-

gos era arreglar los negocios que tenían arreglo; pero también la de fijar las reglas convenientes en los que no le tenían. Examinemos, pues, el asunto. Nosotros estamos aquí para eso y nada más que para eso.

—¿Estos señores son de la misma opinión?—preguntó Hafner con tono conciliador, consultando con la vista á Dorsenne y Ardea.—No tengo la pretensión de imponer mi sistema—continuó, doblando el papel, que guardó.—Establezcamos, pues, los hechos como usted dice. Nuestro amigo el señor Conde de Gorka ha sido ofendido, gravemente ofendido por el señor Chaprón en el curso de una conversación, en sitio público. El señor Chaprón ha llegado, ustedes lo saben, á una ¿cómo diré yo? á una vivacidad que no ha tenido consecuencias, gracias á la presencia de ánimo del señor Gorka. Pero, en fin, efectuada ó no, la amenaza existe. El señor Gorka ha sido el ofendido y es preciso una satisfacción. No creo que haya duda ninguna sobre este punto de partida, que es el origen del caso, ó, más bien, todo el caso.

—Otra vez le pido á usted perdón, caballero,—respondió secamente Montfanón, que no se preocupaba de disimular su mal humor.—El señor Dorsenne y yo tampoco podemos aceptar ese modo de fijar la cuestión. Admite usted que la vivacidad del señor Chaprón no ha tenido consecuencias, gracias á la presencia de ánimo del señor Gorka; nosotros pretendemos que por parte del primero no ha habido más que un ademán apenas indicado y dominado en seguida. Por consecuencia, usted atribuye al señor Conde de Gorka la cualidad de ofendido, y esto es ir demasiado deprisa. Hasta ahora no es más que el demandante. Lo que es diferente.

—Pero él es de derecho el ofendido—interrumpió Ardea.—Reprimido ó no, el simple ademán constituye una amenaza de vías de hecho. No he pretendido hacer el maestro de armas recordando mi único duelo; pero esto es el A B C del código caballeresco; si la injuria es seguida de vía de hecho, el que ha recibido el golpe es el ofendido, y la amenaza de vía de hecho equivale á ésta. El ofendido en esta forma tiene el derecho de elección de armas y condiciones. Consulte usted sus autores y los nuestros: Chateauvillars y De Verger, Angelini y Gelli... Todos están de acuerdo.

—Lo siento por ellos,—dijo Montfanón mirando al Príncipe con un fruncimiento de cejas casi amenazador;—pero es una opinión que no se sostiene ni en general ni en particular. La prueba es que un tirador, como usted dice,—y su voz temblaba,—un *bravo*, para usar la palabra de su país, no tendría, para efectuar un asesinato legítimo, más que insultar á aquel que quiera con palabras atroces. El insultado replica con ademán irreflexivo y contenido, y usted admite que el *bravo* es el ofendido y que tiene la elección de armas.

—Pero, en fin, señor Marqués,—dijo Hafner con visible disgusto, tanto las argucias y la mala voluntad del gentil hombre irritaban en él el deseo de un arreglo práctico y fácil,—¿dónde quiere usted ir á parar? ¿Cree usted que esto se arregla con embrollos de ese género?

—¡Embrollos!—exclamó Montfanón medio levantándose.

—¡Montfanón!—suplicó Dorsenne levantándose á su vez y obligando al terrible hombre á sentarse.

—Retiro la palabra,—dijo el Barón,—si le ha

molestado á usted. Nada más lejos de mi pensamiento. Repito á usted que le presento toda clase de excusas, señor Marqués. Pero veamos: díganos usted lo que desea para su representado. Esto es bien sencillo. Y después procuraremos poner de acuerdo las exigencias de nuestro representado con las del de usted... Es una cuentecilla sin pormenores, que se arreglará.

—No, señor,—dijo Montfanón con una severidad insolente.—Es un caso de justicia, lo que es muy distinto. He aquí,—continuó con voz dura,—lo que el señor Dorsenne y yo queremos: El señor Conde de Gorcka ha insultado gravemente al señor Chaprón. Déjenme ustedes concluir—insistió ante un gesto simultáneo de Ardea y de Hafner.—Sí, señores; preciso es que le haya insultado gravemente para que el señor Chaprón, cuya perfecta cortesía conocemos todos, haya tenido el movimiento incorrecto de que se hablaba hace un instante. Ha sido convenido entre esos dos señores, por razones de delicadeza, que es preciso aceptar como nos las dan, ha sido convenido, digo, que la naturaleza del insulto hecho por el señor Gorcka al señor Chaprón no sea divulgada. Pero nosotros tenemos el derecho y el deber de medir la gravedad del insulto por el exceso de cólera que ha despertado en el señor Chaprón. Y concluyo que, para proceder equitativamente, el acta de conciliación debe de contener concesiones recíprocas; el señor Conde de Gorcka declarará que retira sus palabras y el señor Chaprón lamentará su vivacidad.

—¡Pero eso es imposible!—exclamó el Príncipe.—¡Gorcka no lo aceptará nunca!...

—¿Quiere usted, pues, absolutamente, hacer que se batan?—gruñó Hafner.

—¿Y por qué no?—dijo Montfanón exasperado.—Mejor sería esto que guardar el uno sus injurias y el otro sus bastonazos.

—Pues bien, señores,—respondió el Barón levantándose tras el silencio que siguió á este imprudente arranque de un hombre fuera de sí.—Conferenciaremos de nuevo con nuestro representado.—Si ustedes quieren, mañana continuaremos esta entrevista, á la diez, por ejemplo, aquí ó en el sitio que les sea más cómodo. Usted nos excusará, Marqués. Dorsenne le habrá dicho en qué circunstancias particulares...

—Sí... Me lo ha dicho,—interrumpió Montfanón, que miró de nuevo al Príncipe de una manera tan triste, que éste último enrojeció bajo aquella mirada, por la que, sin embargo, era imposible incomodarse. Dorsenne cortó la conversación diciendo á Hafner:

—¿Quiere usted que esta entrevista se celebre en mi casa? Tendremos más probabilidades de evitar los comentarios.

—Ha hecho usted bien en escoger ese sitio,—decía Montfanón cinco minutos más tarde subiendo al coche con su amigo. Habían bajado la escalera sin hablar, tanto el bravo y poco razonable personaje se sentía disgustado por su provocativa actitud de un momento antes.—

¿Qué quiere usted?—añadió—ese palacio profanado, el insolente lujo de ese ladrón, ese Príncipe que vende su familia, ese Barón cuyo pasado es tan siniestro... ¡No era dueño de mí! ¡Ese Barón, sobre



todo, con sus *directives!*... ¡Citar un alemán las palabras de Moltke á un soldado francés que se ha batido el 70!... ¡Y su cuentecilla sin pormenores, y su odiosa política donde hay servilismo é insolencia!... En fin. No estoy contento de mí... ¡No estoy contento!

Y había en su voz tanta honradez, tan visible remordimiento por no haberse dominado en circunstancia tan grave, que Dorsenne le estrechó la mano en vez de hacerle reproche alguno, diciéndole:

—Mañana arreglaremos el asunto... Esto no es más que la partida aplazada.

—Me dice usted eso por consolarme,—dijo el Marqués;—pero esto va mal... muy mal... ¡y por culpa mía! Tal vez no tendremos ocasión de prestar otro servicio á nuestro valiente Chaprón, sino el de evitarle un encuentro en circunstancias peligrosas. ¡Ah!... ¡Qué cólera más intempestiva!... Pero también ¿por qué Gorka ha elegido semejante testigo? ¡Es inconcebible!... Le ha visto usted pronunciando esa palabra *gentleman*, que significa para esa gente: ¡Robad, haced traición, asesinad; pero tener buenos carruajes, casa elegante, comidas bien servidas y lujo!... No... ¡He sufrido mucho!... ¡Ah!... Esto no está bien. ¡Y en qué día! ¡Dios mío!... ¡Qué duro está el viejo para morir!... —añadió con una voz tan baja que su compañero no le oyó.

